

El fin de la Creación

I. *La gloria de Dios.*

1. Siendo la causa del mundo el amor infinito con que el Dios trino ama su perfección, o dicho con mayor precisión, el amor mutuo de las tres divinas personas, el mundo tiene que ser necesariamente una obra digna del amor divino. El amor del Padre al Hijo, en quien ha nacido el plan del mundo, sólo puede realizar su intención en el caso de que el mundo sea efectivamente digno de recibir el amor del Hijo y capaz de amarle. Esto presupone que el mundo es una realización finita de la perfección divina. Sólo en caso de que Dios encuentre en el mundo su perfección se sentirá complacido al contemplarlo y sentirá deseos de ser amado por él. En efecto, el mundo creado por el amor es una realización y manifestación finita de la gloria de Dios. El mundo es *una revelación de Dios*.

Este hecho puede ser también designado con la expresión *señorío de Dios*. La Creación está al servicio del señorío divino (*basileia theou*). Dios domina la creación y por eso es ella una revelación de su gloria. Dios es su señor y calca su gloria en el mundo que El ha creado, de modo que se puede descubrir en las cosas creadas quién es su señor.

El estado designado por la Escritura con la expresión "Reino de Dios", entendido en sentido estricto, comenzó cuando Dios dispuso obrar históricamente, es decir, cuando comenzó a hacer Historia de la Salud dentro de la historia universal. La forma perfecta

del señorío de Dios será aquel estado del mundo denominado por la Sagrada Escritura nuevo cielo y nueva tierra. De ello se hablará detenidamente en el *Tratado sobre la Redención*.

A. *La gloria de Dios en su aspecto objetivo*

2. *El mundo ha sido creado para la gloria de Dios* (dogma), Concilio Vaticano, sesión tercera, canon 5 de *Deo*, D. 1805.

El concilio provincial de Colonia, celebrado en 1860, ha descrito de la siguiente manera el sentido y finalidad del mundo creado, en el capítulo tercero de su decreto, que, naturalmente, no es infalible (NR. 184-88): "Si se pregunta cuál es el motivo que ha movido a Dios a crear el mundo, la respuesta es la siguiente: No ha podido moverle nada que sea distinto de El. Como quiera que se basta a sí mismo, no puede buscar nada para sí mismo. Siendo cierto que Dios ha creado efectivamente y que todo lo que crea lo crea movido por el amor a su propia bondad, podemos decir con razón: Por su propia bondad ha sido Dios movido a crear el mundo. En este sentido escribe San Agustín: "Nosotros somos porque El es bueno." Ahora bien, si no se pregunta por el motivo que ha movido a Dios a crear el mundo, es decir, si no se pregunta por la finalidad del creador, sino por la finalidad que el Dios creador persigue con su obra; es decir, si se pregunta por la *finalidad de la obra*, entonces habrá que afirmar que con ella ha querido y sigue queriendo algo que está tan íntimamente ligado con su actividad que no puede separarse de ella. Se trata de lo siguiente: En primer lugar, si Dios crea, necesariamente tiene que comunicar a las criaturas una *realidad buena*. Porque el ser que han recibido es un bien. En este sentido escribe San Agustín: "En cuanto que somos, somos buenos." El segundo elemento que no podía faltar en la obra de Dios es la *revelación de las perfecciones divinas*, especialmente el poder, la sabiduría y la bondad. Esta revelación se denomina gloria externa de Dios, ya que Dios es alabado mediante ella. No se puede dudar de que Dios se ha propuesto, al crear, que sus perfecciones sean reconocidas y amadas, es decir, se ha propuesto la realización de su gloria externa. Esto lo pone de manifiesto la contemplación de las cosas creadas, las cuales revelan necesariamente las perfecciones divinas, lo mismo que la contemplación del hombre, que ha sido dotado de entendimiento para que en las obras de la creación pueda conocer y amar a Dios. Esto lo demuestra, asimismo, la contemplación de Dios mismo: como quiera que es santo, necesariamente tiene que querer ser reconocido en sus obras. De este modo entendemos nosotros los numerosos lugares de la Escritura en que se nos advierte que la contemplación de las criaturas tiene que impulsarnos a alabar a Dios. Con la gloria de Dios va íntimamente ligada la *felicidad de las criaturas*. En efecto, en cuanto que el hombre glorifica a Dios, se aumentan sus méritos y su felicidad. Viceversa, Dios da tantas más pruebas de su bondad y tanto más aumenta su gloria cuanto mayores son los bienes que concede al hombre. Lo uno fomenta lo otro. Ahora bien, si se pregunta por la preeminencia de esas dos finalidades, hay que responder

lo siguiente: la finalidad última de la obra es la glorificación de Dios. Hacia ella tiene que estar orientada la felicidad de las criaturas, especialmente la del hombre. La glorificación de Dios, por referirse a Dios mismo, es superior a la felicidad de las criaturas. Conviene por eso que la felicidad de los hombres esté subordinada a la glorificación de Dios. No se debe deducir de esto que de este modo queda disminuía la bondad de Dios para con nosotros; los bienes que Dios nos ha donado no disminuyen por el hecho de que estén orientados hacia la gloria de Dios. Al contrario, cuanto más nos esforcemos por realizar con ellos la gloria de Dios, tanto más ricos seremos; porque Dios no busca en el mundo su gloria al modo del que trata de obtener un bien que todavía no posee; Dios sólo exige que se guarde el orden debido."

3. *La creación revela la gloria de Dios tomando parte en ella*, es decir, en cuanto que es realización de la gloria de Dios fuera de Dios. Todas las cosas son manifestaciones y símbolos de la majestad, dignidad, profundidad y plenitud de Dios. Todas anuncian la gloria de Dios (gloria externa). Pueden prestar este servicio porque, como ya vimos en otro lugar, poseen una gloria, dignidad y perfección derivadas de Dios y preformadas en El. Cuanto más rico es el ser de una criatura, tanto mejor puede revelar a Dios. La gloria de las criaturas nos incita a admirar y contemplar la gloria de Dios. En su grandeza y hermosura resplandece la grandeza y hermosura de Dios (*Rom.* 1, 20).

Se mostrará más adelante (§ 110) que la medida en que una criatura de Dios revela su gloria no depende solamente de su esencia ontológica, sino además de su posición en los planes salvadores de Dios.

La revelación de la perfección divina se denomina *fin de la Creación*; más exactamente, fin primario de la Creación (*finis primarius*). Al emplear la palabra fin no hay que pensar en una determinación externamente añadida. Indica, al contrario, una determinación y sentido propios de las cosas. Las criaturas cumplen la finalidad a que aquí nos referimos por el mero hecho de que son expresión de la voluntad amorosa de Dios.

Como quiera que la revelación de la perfección divina se obtiene por el mero hecho de que las cosas mismas poseen perfección, el estar al servicio de la gloria de Dios no implica esclavitud ni servidumbre en pro de un teleologismo externo. Se trata de un acto de fidelidad a sí mismas. En cuanto que son lo que son y como son, ensalzan la gloria de Dios. Como quiera que Dios es el Señor que se comunica desbordante por los caminos del amor, las criaturas no solamente nos hablan de su amorosa bondad, sino también de su

terrible majestad, no solamente de su bondad, la cual produce sentimientos de admiración y encanto, sino también de su poder y señorío, los cuales hacen que nuestro corazón se estremezca.

Nótese, especialmente, que también el *poder* humano es una revelación de Dios, es decir, una revelación de la omnipotencia divina. De por sí es un bien, es bueno. Más aún, por ser una participación en la soberanía incondicional y en la libertad de Dios, puede revelar a Dios de un modo especialmente eficaz. Pero tampoco se debe olvidar que en el orden actual del mundo, quebrantado por el pecado, el poder está sometido a peligros especiales, que se derivan de la impía autocracia humana. En el sector del poder puede adquirir éste las formas más desastrosas. *Corruptio optimi pessima*. El que cae desde la altura de una elevada cima se precipita en abismos más profundos que aquel que al caer se hallaba en un bajo montículo. Con gran dificultad y raramente suelen ver este peligro los que detentan el poder.

La Sagrada Escritura habla en diferentes lugares de los peligros a que están expuestos los que detentan el poderío terrestre. En Daniel (11, 36), el príncipe Antíoco Epifanes, que había profanado el templo introduciendo el culto de los ídolos y divinizándose a sí mismo, es descrito con las mismas palabras que emplea San Pablo (*II Thess* 2, 1-13) para describir al "adversario" (anticristo). Ezequiel (28, 2) condena al parecido tirano de Tiro. Las palabras del AT, además de su importancia en lo referente a la *Historia de la Salud*, hacen relación al futuro. Se trascienden a sí mismas, ya que ellas, como todo el AT, contienen profecías. Los reyes arriba nombrados hacen lo que en todos los tiempos se hará contra Dios. El hombre autócrata se sentirá siempre inclinado a negar a Dios la gloria y a glorificarse a sí mismo. La Historia será siempre el escenario en que se luchará por la "*gloria Dei*" o por la "*gloria mundi*". El jefe de los que buscan la "gloria del mundo" no es otro que Satanás (véase § 124). Dirige a todos los que odian a Dios y a los que adoran a los ídolos, pero obra ocultamente. En los poderosos de este mundo es donde mejor puede desarrollar su actividad. Cuando se rebelan contra Dios, ofrecen a Satanás una posibilidad especial para corromper el mundo. "Con gran facilidad olvida el rey terreno que no es más que un representante del Dios celestial. En tal caso olvida la comisión que ha recibido de Dios... Olvida que las armas de la política son impotentes frente a las últimas y verdaderas necesidades del hombre. En tales casos, aparece como rey redentor y salvador y se llama a sí mismo "soter"... Olvida que es un hombre sometido al pecado y que en su actividad política necesita perdón y gracia. Por eso quiere ser festejado como si fuera un dios... Olvida que es un ser sometido a la muerte, cuyo trabajo político va afectado por el signo de la caducidad. En tales casos, sueña en la eternidad de su obra... Olvida la gloria de Dios y se la niega... En tales casos, la comunidad de los que sólo glorifican a Dios es para él un escándalo, la persigue con odio creciente, se convierte en adversario de

Dios y en partidario de Satanás... Cuando la *civitas terrena* es vencida por su propio demonio en la lucha contra los demonios del caos, la misión histórica del poderío político se convierte en lo contrario. La atalaya contra el Anticristo se convierte en una atalaya del Anticristo... La *civitas terrena* queda convertida en una *civitas diaboli*" (E. Stauffer, *Die Theologie des NT*, 1941, 67).

4. Hay que observar, además, que las criaturas no son solamente revelaciones de Dios, sino también *ocultamientos* de Dios. Como ya se ha indicado varias veces, no obra del mismo modo que el hombre, el cual se manifiesta y representa en su obra, hasta el punto de que partiendo de la obra se puede penetrar en los más profundos recintos de su interioridad. La Naturaleza sólo nos revela el aspecto exterior de Dios, por decirlo así, y con respecto a ese aspecto exterior sólo nos ofrece una idea imprecisa e inadecuada. Aunque el mundo haya sido creado a la semejanza de Dios, es en mayores proporciones desemejante (véase § 37). Esta peculiaridad ha experimentado una profunda modificación debido al pecado. Frente al mundo pecaminoso se halla planteado el problema de determinar si puede ser la obra de un Dios bondadoso, en vista de sus oscuridades y entenebrecimientos, de su precariedad, de sus males y absurdidades (véase el texto de Newmann en el § 105). Resulta, pues, que no se puede encontrar con facilidad a Dios en las cosas de la Creación. Tiene que esforzarse mucho el que quiera encontrar el semblante de Dios oculto tras numerosos velamientos. Para llevarlo a cabo hay que poseer una mirada clara y un corazón dispuesto a recibir a Dios (véase § 30). Es necesario el esfuerzo de un espíritu empeñado en descubrir a Dios. Podemos, por eso, pasar junto a las cosas sin ver a Dios. Es un caso parecido al del que tiene en la mano el auricular y no puede oír la voz del amigo debido a los ruidos que hay en torno a él.

Newman ha descrito esta situación en su sermón sobre la *Infinitud de las propiedades divinas* (en *Sermones del período católico*): "Pero como quiera que estas propiedades son en Dios infinitas, sobrepasan por su profundidad y perfección nuestras capacidades intelectivas y sólo la fe puede comprenderlas. Bajo este respecto, las grandes fuerzas naturales que Dios ha puesto en el mundo visible sólo pueden darnos una débil idea. ¿Hay nada más cotidiano y conocido que los elementos, nada más simple y obvio que su existencia y actividad? No obstante, ¡cuán diversos son los fenómenos en que se manifiestan, qué impresión de grandeza y fuerza nos producen cuando desarrollan la plenitud de sus posibilidades! ¡Qué ameno es el aire invisible y cuán íntima es la unión que nos liga con él! Lo respiramos en cada momento y no podemos vivir sin él. Acaricia nuestras mejillas y nos rodea por todas partes; nos movemos

sin esfuerzo dentro de él, que, obediente, se aparta cuando pasamos y sumiso sigue nuestros pasos cuando marchamos hacia adelante. Pero que el aire desarrolle toda su fuerza, y el mismo sereno soplo que antes estaba al servicio de nuestras necesidades o caprichos nos levanta ahora con la fuerza de un invisible ángel, nos lanza en el espacio y nos arroja repentinamente al suelo. O id a la fuente y podréis recoger a beneplácito en vasos y jarros de agua cuanto necesitáis. Sea mucha o poca el agua que necesitáis para calmar la sed o para limpiaros del polvo o suciedad de la tierra, la fuente os presta siempre obediente sus servicios y está siempre a vuestra disposición. Pero id a la playa, junto al mar, y veréis cómo este sumiso elemento se transforma ante vuestros ojos. En sus humildes orígenes apenas si os habéis dado cuenta de él, pero ¿quién podrá dejar de maravillarse cuando deja vagar la mirada por la infinita superficie del mar? ¿Quién no se estremecerá al oír el ronco estrépito de las olas cuando se precipitan sobre los cantiles de la costa? Y ¿quién no sentirá horror y temblor al percibir cómo se inquieta el mar, se hinche y asciende, y abre sus abismos, y, a modo de juguete, es arrojado de un lado a otro por la marea, y queda a la merced de un poder que antes parecía ser su amigo y aun esclavo? O contemplad la llama y ved cómo esparce calor y luz. Pero no os acerquéis demasiado, confiando en ella, si no queréis experimentar cómo se modifica su naturaleza. El mismo elemento que tan hermoso parece a la vista, tan resplandeciente y de movimientos tan gráciles mostrará el otro aspecto de su ser, su fuerza irresistible; el fuego atormenta, consume y convierte en ceniza las cosas que hace un momento recibían de él luz y vida. Algo parecido sucede con las propiedades de Dios. Lo que conocemos de ellas está al servicio de nuestro cotidiano bienestar. Son para nosotros luz y vida, alimento, guía y apoyo; pero subid con Moisés al monte y dejad que el Señor pase delante de vosotros, o permaneced con Elías en el desierto, en momentos de tormenta, de terremotos y de incendios: entonces todo queda envuelto en misteriosa oscuridad. La razón queda desconcertada, la fantasía pierde su poder y queda deslumbrada, callan los sentimientos y sabemos entonces que somos meros hombres mortales y que El es el Señor, y sabemos que la silueta que de El nos ofrece la Naturaleza no es, ciertamente, una imagen perfecta, pero sí una imagen que no deja de estar en relación con la luz y sombras que le comunica, vivificándola, la Revelación."

5. La gloria de Dios *es manifestada de distinta manera por las criaturas, según el grado de su perfección ontológica*. Las criaturas irracionales, con su mera existencia y su perfección, manifiestan la grandeza y perfección de Dios. Son *revelaciones* de Dios (revelación "natural"; § 1). Con mayor razón, al parecer, se puede hablar de la revelación de la gloria de Dios mediante la creación irracional, si existe alguien a quien le haya sido anunciada la perfección de Dios, es decir, si existe un espíritu que puede percibir el himno de alabanza con que la Naturaleza ensalza a Dios. La Naturaleza creada, por consiguiente, hace referencia al espíritu creado, que es la corona de la creación. En este sentido puede afirmarse

que Dios ha creado el mundo *para el hombre* y por amor al hombre. En él experimenta el hombre el poder y la grandeza, la sabiduría y la dignidad de Dios. Cuanto más estudia el mundo con sus inmensas proporciones, tanto mejor llega a conocer el misterio infinito e inescrutable de la divinidad.

“Sin confundir la Naturaleza con Dios y sin dejar de colocar la Naturaleza por debajo de Dios, el hombre consigue descubrir en la creación las propiedades divinas bajo la forma de fuerzas vivas y absolutas, las cuales ora despiertan en él sentimientos de supremo respeto, debido a su infinita sublimidad y majestad, ora sentimientos de amor, agradecimiento, de alegría santa y de confianza, debido a la infinita benevolencia, bondad, misericordia, claridad y suave poderío que en ella se manifiestan. De este modo, el espíritu pasa en la escala de los sentimientos determinados por la Creación por cada uno de los grados, desde el íntimo y pavoroso temblor del alma hasta el supremo y más profundo encanto, de modo que no hay cuerda alguna que deje de vibrar. No obstante, no se incurre en el peligro de confundir las fuerzas de Dios con las fuerzas de la Naturaleza; las manifestaciones de las fuerzas activas de la Naturaleza proporcionan una idea viva de las fuerzas de Dios, sin bien es cierto que éstas son totalmente distintas e infinitamente superiores comparadas con aquéllas. Las propiedades de Dios reveladas por la Naturaleza son las siguientes: la grandeza, la majestad, el poder y la fuerza, la sabiduría, la bondad y el amor, la gloria, la adorabilidad y la loabilidad” (Staudenmaier, *Die christliche Dogmatik* III, pág. 329).

6. Cabe preguntar, es cierto, si *el cosmos no poseerá tal inconmensurabilidad* que el hombre no sea capaz de escudriñar sus abismos y la gloria de Dios que en él se manifiesta, por mucho que dure el transcurso de la Historia terrena. Efectivamente, se puede admitir que el hombre no llegará nunca a comprender exhaustivamente la grandeza del mundo, y nunca, por consiguiente, podrá captar debidamente la gloria de Dios oculta en la gloria de la creación. Más aún, cuanto mejor conoce el cosmos, tanto más incomprensible le parece. Y ahora cabría preguntar: ¿no es el mundo demasiado grande y majestuoso para poder afirmar que existe por amor del hombre, puesto que el hombre no llegará nunca a comprender la gloria de Dios que ese mundo encierra, debido al hecho de que el hombre no dispone de capacidades suficientes para percibirla y captarla?

A esta pregunta se responde de la manera siguiente:

a) Aunque la inteligencia humana no disponga de capacidades suficientes para comprender la gloria de Dios que resplandece en la inmensidad del mundo, la inconmensurabilidad del universo ex-

cita al hombre de continuo a reconocer la grandeza de Dios. En la incomprensibilidad del mundo, el hombre puede percibir, como en un símbolo que hablase, la imponente incomprensibilidad de Dios. El hombre que sabe que no es más que un punto insignificante en la totalidad del mundo percibirá con mayor facilidad sus propias fronteras y el mundo puede enseñarle a someterse a la grandeza de Dios. Al mismo tiempo, el hombre que al contemplar el mundo experimenta la grandeza de Dios y sus propias fronteras puede formarse una idea tanto más viva del amor incomprensible con que Dios se inclina hacia él. Por otra parte, al ver el mundo el hombre descubre su propia grandeza. El hombre, en efecto, percibe que el universo, aunque cuantitativamente superior, puede ser captado por su espíritu. De este modo reconoce su superioridad y se siente inclinado a alabar a Dios, que tan elevado grado le ha señalado dentro de la creación total. Experimenta, por consiguiente, que aun su existencia natural es "una gracia" y se siente obligado a dar gracias y a alabar a Dios por ella. Además, el hombre puede darse cuenta del valor que tiene ante Dios, al considerar que en la encarnación ha tomado la naturaleza humana, mientras que el mundo no ha sido objeto de semejante benevolencia, a pesar de su cuantitativa superioridad.

b) A esta primera consideración viene a añadirse un nuevo punto de vista. Aunque el hombre no pueda llegar a comprender plenamente la gloria del mundo dentro de la Historia, puede comprenderla mejor en aquella otra forma de existencia que comienza después de la muerte. El mundo es tan poderoso, inmenso y abismático, que aun el hombre provisto de nuevas capacidades cognoscitivas podrá descubrir en él nuevos y desconocidos aspectos de Dios (véase el *Tratado sobre los Novísimos*).

c) Quizá se podría decir también: la grandeza del mundo, que el hombre no puede comprender, puede ser comprendida por los espíritus exentos de materia llamados ángeles, de modo que la gloria de Dios que se manifiesta en el mundo y que permanece oculta para el hombre es comprendida por los ángeles. De este modo, el mundo serviría también para revelar a los ángeles la gloria de Dios. Tiene que ser muy superior a la humana, porque de otra manera no podría ofrecer mucho a los ángeles. Esta opinión puede ser defendida con tanto más fundamento cuanto más íntima sea la unión que se establezca entre el mundo y los ángeles. Sobre este punto Schell escribe lo siguiente (en su *Katholische Dogmatik*, 1890, vo-

lumen II, 199): “Los ángeles son “efectivos ciudadanos del mundo” Investigan el mundo, los fundamentos y la interdependencia de las cosas; persiguen determinados intereses, en parte de finalidad opuesta, en la lucha del bien contra el mal; en parte opuestos en la elección y aplicación de los medios que han de servir a una finalidad buena, como en el caso de los ángeles patronos de las naciones; los ángeles son príncipes de los pueblos y espíritus protectores, mensajeros de Dios enviados a los hombres y defensores de éstos ante el trono del Señor del mundo. Los ángeles no poseen desde el principio un conocimiento perfecto, sino que adquieren nuevas experiencias al observar la historia del mundo; los acontecimientos les excitan, se enardecen y arden, aman y odian, se apresuran y luchan, combaten y se esfuerzan; deliberan sobre la suerte del mundo y de la historia de las naciones (*Dan.* 4), se aparecen y operan en el mundo, se hallan dentro de un intercambio mutuo de enseñanza y misión, su actividad está localmente limitada, han pasado por un momento de decisión histórica y debido a ella tienen una misión temporal y una historia hasta que llegue el día del Juicio final. Los ángeles son, pues, ciudadanos efectivos del inmenso reino de Dios.”

d) Si fuese seguro que no sólo en la tierra, sino también en otros astros existen seres dotados de razón, se podría aducir como nueva razón que éstos descubren en el Universo aspectos de la gloria de Dios que permanecen ocultos para los habitantes de la tierra. De este modo, la creación de Dios anunciaría la gloria de Dios a los hombres en la tierra, a los bienaventurados del cielo (tanto hombres como ángeles) y a los habitantes de otros mundos.

Contra la existencia de tales seres se puede aducir el hecho de que según el estado actual de nuestros conocimientos físicos solamente la tierra posee las condiciones necesarias para el desarrollo de la vida. En pro de la tesis en que se afirma que la creación está en relación con el hombre, puede aducirse el hecho de que el mundo adquiere mayor riqueza y variedad de formas según se va acercando al hombre, haciéndose cada vez más árido y monótono según se va separando de él.

7. De este modo, las Ciencias Naturales y los conocimientos, los descubrimientos e invenciones, nos permiten descubrir con cada progreso un nuevo aspecto de Dios. Por eso León XIII incita en su encíclica *Aeterni Patris*, 1879, al cultivo de las ciencias profanas.

El creyente no tiene por qué temer ante los resultados de las investigaciones científicas; más aún, él debe fomentarlas y cultivarlas. En definitiva, ellas le ofrecen nuevas misivas del Creador. En la preocupación por la Revelación de Dios, en la naturaleza el creyente es incitado e impelido más fuertemente que aquel que se mueve sólo por motivos immanentes al mundo. Es claro que este último no consigue verdaderos progresos en la ciencia, si no cultiva las investigaciones con responsabilidad, es decir, considerándolas como una respuesta del hombre a Dios, y, por consiguiente, con amor. Pío XII ha incitado en multitud de ocasiones a este cultivo responsable de las ciencias. Cfr. P. Cattin y H. T. Conus, *Heilslehre der Kirche. Documentos desde Pío IX hasta Pío X*, 1953. *Discurso de Pío XII a la Pontificia Academia*, 1952.

Es sobre todo el *arte* el que por medio de la palabra, del sonido y de la forma puede hacer hablar a la Naturaleza muda y puede descubrir su misterio, mostrando que también ella revela a Dios. Cualquier arte verdaderamente auténtico cumple esta misión por el mero hecho de existir. Así se comprende por qué aun fuera del sector cristiano se ha dicho de los poetas que están llenos de Dios. En sus obras redimen a la Naturaleza de su estado de mudez y pesadez y la convierten en un medio en que se transparenta la divinidad. Otras explicaciones sobre este tema pueden verse en el § 25 y en el vol. III.

Clemente Brentano (en *Leben lebt allein durch Liebe*, 1937, pág. 33) dice: "El arte auténtico es un precursor de la vida nueva sobrenatural, puesto que tiende, sin saberlo, hacia el Señor. También las artes son voces en el desierto; son como alfombras que se extienden bajo los pies de los particulares. Pide que el arte sea bueno; él enseña a cantar y alabar; lo mismo que la vida, está entre el cielo y el infierno y abre las puertas de ambos; la piel de los animales tiene que ser curtida para que se puedan grabar en ella letras y palabras."

8. A la gloria de Dios sirve la creación en cuanto que es *instrumento que ejecuta la voluntad divina*. Las cosas y fuerzas naturales son servidores, mensajeros y auxiliares de la voluntad divina (Staudenmaier). De este modo, la Naturaleza adquiere una importancia especial dentro de la Historia del hombre.

B. *La gloria de Dios en el aspecto subjetivo.*

9. Lo que la Naturaleza rinde por medio de su pura existencia (*fin objetivo de la Creación*), tanto más cuanto más rica es y cuanta mayor sea la claridad con que el espíritu creado percibe su voz, eso mismo ha de realizar conscientemente el espíritu creado (*fin subjetivo de la Creación*). Por una parte, el espíritu creado, lo mismo que la Naturaleza irracional, son revelación de la espiritualidad y libertad, del poder y del señorío de Dios. El espíritu es de por sí una revelación de Dios. Aparece directamente como don de Dios. Por otra parte, el espíritu está obligado a afirmar conscientemente este estado de cosas. Su misión consiste en reconocer, descubrir y ensalzar la gloria de Dios en sí mismo y en la Naturaleza. Los dones de la Creación se convierten para él en obligaciones. Los dones de Dios imponen siempre obligaciones al hombre. De este modo, el servicio, la alabanza y exaltación de Dios vienen a ser una misión incondicional que han de cumplir todas las criaturas.

Esta misión comunica a la Historia su más íntimo y vehemente dinamismo. En definitiva, se trata siempre en la Historia de si los hombres buscan la gloria de Dios o la gloria del mundo, que es la gloria del hombre mismo. Como quiera que aquí se trata del sentido último y profundo del mundo, surgen en torno a este problema las más acaloradas luchas que conoce la Historia.

Adorar es, pues, la principal misión de las criaturas. No hay ni situación ni tiempo alguno en los cuales la adoración no sea la misión principal del hombre. En la adoración, el hombre reconoce que Dios es el señor incondicional de la vida y de la Historia. El hombre que adora se convierte en instrumento del señorío divino. Los adoradores son *servidores del Reino de Dios*. O para decirlo con más precisión: por medio del hombre que adora fomenta Dios el desarrollo de su señorío en el mundo. Teniendo en cuenta que Dios es la santidad, la verdad y el amor, personalmente y en unión indisoluble, más aún, en absoluta identidad, el fomento y desarrollo del señorío divino son idénticos con el fomento y desarrollo del señorío de la santidad, verdad y amor personales. De ahí se deduce que la adoración no es una actividad meramente teórica y desligada de toda relación con la vida y el mundo. El fomento y desarrollo del amor y de la verdad en el mundo implican para éste la Salud, ya que el mundo sólo puede salvarse en la verdad

y en el amor, es decir, en Dios, y tiene que incurrir en el caos cuando se aleja de Dios (véase el *Tratado sobre el pecado original*). Además, el que adora a Dios, al someterse a los mandatos de la voluntad divina, recibe los mejores impulsos para estructurar debidamente el mundo. Véase § 125 y vol. III. Es preciso observar, sobre todo, que del cumplimiento o no cumplimiento de esta misión principal dependen la salvación y condenación eternas.

Dada la importancia de esta misión, se comprende que Dios mismo se cuide de su cumplimiento. Sucede esto de diferentes modos. Uno de esos modos, enigmático para el incrédulo, misterioso pero comprensible para el creyente, es el *dolor* que Dios envía precisamente a los que le aman. Por lo que se refiere al cumplimiento de la misión principal de la Historia, que como hemos visto consiste en la glorificación y exaltación de Dios, el hombre es responsable tanto en cuanto que es un ser individual como en cuanto que es un ser que vive dentro de la comunidad. Si dentro de una comunidad dada éste o el otro individuo no honran y glorifican a Dios debidamente, los miembros de la comunidad que conocen la necesidad y obligatoriedad de la misión se sentirán inclinados a cumplirla en nombre de los indiferentes y descuidados, a fin de que lo que necesariamente tiene que ser hecho no quede sin cumplimiento o se cumpla sólo indebidamente. Ahora bien, el dolor es uno de los medios de que disponemos para honrar a Dios en nombre de otros y para confesar que Dios es el señor del mundo. Mediante el dolor, Dios ata y encadena al hombre para que éste no pueda moverse libremente. De este modo, se convierte en llamada que excita al hombre a dejarse encadenar por Dios. El que escucha esta llamada y está dispuesto a dejarse encadenar por Dios, reconociendo que El, Dios, es el señor absoluto, honra debidamente a Dios y evita la actitud orgullosa del pecador que busca su propia gloria y no la del Señor. Sólo en Cristo y con Cristo puede llegar el hombre a adoptar la actitud debida.

C. *El aspecto cristológico de la Creación.*

10. a) La (objetivamente) suprema revelación de la gloria de Dios y la más pura exaltación de su honra es el Hijo de Dios encarnado. En El percibimos lo que Dios es. La Naturaleza no revela siempre adecuadamente a Dios, siendo con frecuencia causa de interpretaciones equivocadas. Todas las ideas relativas a Dios

obtenidas en el estudio y observación de la Naturaleza tienen que ser corregidas comparándolas con la Revelación en Cristo. La repugnancia que pudiésemos sentir a reconocer al Dios que se revela en Cristo es un signo seguro de que nosotros preferiríamos que Dios fuese tal como nos gusta y es también un signo de que no estamos dispuestos a reconocer a Dios tal como es y como se nos manifiesta. La gloria de Dios resplandece en la existencia y en la vida y, sobre todo, en la Pasión y Muerte, en la Resurrección y Ascensión de Cristo (véase la Cristología), en el Cristo superviviente, en la Iglesia.

El *Cristo glorioso* es la culminación de la glorificación objetiva de Dios, ya que en la naturaleza gloriosa de Cristo se transparentan la santidad, la verdad y el amor de Dios con claridad e intensidad infinitas. En El aparece con toda claridad la forma perfecta del señorío de Dios. El Señor es el centro de la creación plenamente inundada de luz y calor divinos.

La gloria de Dios manifestada por Cristo en su vida y, sobre todo, en su estado glorioso, se realiza dentro de la Historia y se concentra, a través de velos y cendales, en la *Iglesia*, de modo que en ésta aparece con toda claridad para el que es capaz de verla, es decir, para el creyente. Considerada desde este punto de vista, la Iglesia es la inintermitentemente actual gloria de Dios, la cual aparece en ella a través de velos y cendales.

La gloria de Dios resplandece en la oscuridad de la Historia a través de ese misterio que es la Iglesia, es decir, en la *predicación eclesiástica* y en los *sacramentos*, así como también en la actividad histórica de la Iglesia, sobre todo en sus sufrimientos, que son una participación en la cruz de Cristo, apareciendo en ellos como cuerpo "místico" crucificado de Jesucristo. Dios opera en el hombre tanto por medio de la palabra de la Anunciación como por medio de la institución de los signos sacramentales. La actividad de Dios santifica y transforma. Con los dos medios susodichos, interviene Dios activamente en la vida del hombre, sirviéndose de la Iglesia como de instrumento y fomentando su señorío. En cuanto que Dios se sirve de la Iglesia como de instrumento para aumentar su señorío, queda ésta convertida en lugar donde se manifiesta ese señorío, de modo que el hombre puede percibirlo en la Iglesia con los ojos de la fe. De un modo especial está presente la gloria de Dios en los sacramentos de la Iglesia. En ellos, como explicaremos en otro lugar, se actualizan de algún modo la Muerte y Resurrección de Cristo, ya sea en su efi-

cacia, como enseñaba la teología medieval, ya sea en su aspecto de acontecimiento, como lo enseña la "teología de los misterios" (Casel) y, según ella, también la teología de los Santos Padres. Los Sacramentos son, pues, signos de la santidad y del amor, de la justicia y la misericordia de Dios.

La Iglesia, y con ella toda la Creación, que participan en la gloria de Cristo, aguardan la hora en que aparecerá resplandeciente la gloria de Dios, ahora oculta en el hombre redimido y en la Naturaleza (cielo, transfiguración del mundo: véase el *Tratado sobre los Novísimos*). Entonces, Dios aparecerá sin velos que le oculten en la conciencia del hombre y a través de la corporeidad transformada del hombre, así como a través de la materialidad transformada del mundo resplandecerá la gloria del Señor. Entonces veremos con claridad hasta qué grado de grandeza y dignidad conducirá Dios su propia obra.

b) En Cristo, Dios ha recibido la suprema *adoración* posible (glorificación subjetiva). En la crucifixión, Cristo se ha entregado incondicionalmente al Padre, reconociendo, de este modo, que es El el señor de la Creación. De este modo ha sido definitivamente instaurado y asegurado el señorío de Dios (el Reino de Dios), aunque todavía no ha adquirido su forma definitiva.

Como acabamos de indicar, se ha cuidado de que el señorío de Dios por El instaurado, es decir, el señorío de la santidad, de la verdad y del amor personales, quede eficazmente representado a través de los tiempos hasta que llegue la hora de su perfección definitiva. Ha creado para ello una autoridad especial, un pueblo de Dios, un heredero del "pueblo de Dios" del AT, la Iglesia, que es su "cuerpo místico". La Iglesia tiene la misión de dar a Dios, hasta el fin de los tiempos, la honra que le corresponde, tiene la misión de reconocer voluntaria y conscientemente la divina gloria que en ella se manifiesta *objetivamente*, de anunciarla y exaltarla. Lo que en ella se manifiesta *objetivamente*, la Iglesia lo realiza *subjetivamente* de diferentes modos, especialmente mediante la anunciación de la palabra y mediante los Sacramentos, es decir, mediante el *culto*, o para expresarnos de otro modo, en cuanto que asume con amor, obediencia y voluntariamente las formas que le ha confiado Cristo y en las cuales resplandece la gloria de Dios. En el culto de la Iglesia actúa y se prolonga la obra de adoración con que Cristo ha honrado al Padre. Cristo ha glorificado al Padre y la Iglesia continúa esta glorificación mediante

los signos sacramentales, en los cuales, como ya dijimos, se actualizan la Muerte y Resurrección de Jesucristo. Mediante los Sacramentos, la Muerte y Resurrección de Cristo están siempre presentes en la Iglesia, a fin de que ésta pueda compenetrarse con la actividad y la voluntad del Señor. La voluntad de Cristo, su amor y su obediencia, su abnegación y su adoración adquieren eficacia perenne en la Iglesia. De este modo, el culto, que es una manifestación objetiva de la crucifixión y una glorificación objetiva de Dios, se convierte en una glorificación subjetiva del Padre que está en el cielo. Del modo más eficaz sucede esto en la celebración de la Eucaristía. Dentro del culto eucarístico, la glorificación de Dios se expresa con toda claridad a través de una serie de textos, por ejemplo, en el gloria, prefacio y *sanctus*, en la doxología, en la oración que se pronuncia al elevar el cáliz después de la Consagración.

La Creación entera glorifica a Dios en Cristo, que es la cabeza de la Creación.

Dios recibirá la adoración suprema el día en que todos los bienaventurados del cielo, reunidos en torno a Cristo, su cabeza, en un cielo y tierra nuevos, glorifiquen a Dios en un acto eterno de alabanza, siendo Dios todo en todo (*I Cor.* 15, 28). Esta será la forma perfecta del señorío de Dios, instaurado por Cristo, eternamente asegurado y fomentado en el mundo por la Iglesia.

D. *El fin de la Creación en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres.*

11. En la *Sagrada Escritura* se indica cuál es el fin de la Creación en todos los textos en que se nos dice que la Naturaleza y la Historia, especialmente la Historia de la Salvación, están llenas de la gloria de Dios; por ejemplo, en *Num.* 14, 21; *Is.* 6, 3; 40, 5; *Ps.* 57 [56], 6; *Hab.* 2, 14; *Eccl.* 42, 16. Además, excita a la Naturaleza y al hombre a que glorifiquen a Dios en sus obras. Algunos ejemplos pueden servir para ilustrarlo.

Salmo 145 [144]: “Quiero ensalzarte, Dios mío, Rey, y alabar tu nombre por los siglos. Quiero cantarte todo el día y alabar tu nombre siempre por los siglos. Es grande Yavé y digno de toda alabanza, su grandeza es inconcebible. Una generación anuncia tus obras a la otra generación, y alaba las proezas de tu poder. Ensalzan la hermosura de la gloria de tu majestad, tus maravillosos hechos predicán. Cuentan el vigor de tus

estupendos prodigios y cuentan tus grandezas. Reproducen la memoria de tus inmensas bondades y se goza en tu beneficencia. Clemente y misericordioso es Yavé, lento a la ira y de muy gran piedad. Es benigno Yavé para con todos y su misericordia está en todas sus criaturas. Alábente, ¡oh Yavé!, todas tus obras, bendígante tus santos. Exalten la gloria de tu reino y digan tu fortaleza. Para hacer conocer a los hijos de los hombres tus hazañas y la magnificencia de la gloria de tu reino. Tu reino es reino por los siglos de los siglos y tu señorío por generaciones y generaciones. Es fiel Yavé en todas sus palabras y piadoso en todas sus obras. Sostiene Yavé a los que caen y levanta a los humildes. Todos los ojos miran expectantes a ti y tú les das el alimento conveniente a su tiempo. Abres tu mano y das a cada viviente grata saciedad. Es justo Yavé en todos sus caminos y misericordioso en todas sus obras. Está Yavé cerca de cuantos le invocan, de cuantos le invocan de veras. Satisface los deseos de los que le temen, oye sus clamores y los salva. Guarda Yavé a cuantos le aman y destruye a los impíos. Cante mi boca la alabanza de Yavé y bendiga toda carne su santo nombre, por los siglos, para siempre.” Ps. 146 [145]: “¡Aleluya! Alaba, alma mía, a Yavé. Alabe yo a Yavé toda mi vida, cante yo a mi Dios mientras exista. No confiéis en los príncipes, en los hijos de los hombres, que no salvan. Vuela su alma y torna a su lugar, y en ese día perecen todos sus designios. Bienaventurado aquel cuyo auxilio es el Dios de Jacob, cuya esperanza es Yavé, su Dios. Hacedor de cielos y tierra, del mar y de cuanto en ellos hay; que guarda la fe por la eternidad. Da refugio a los afligidos y da pan a los hambrientos. Yavé libra a los presos; Yavé devuelve la vista a los ciegos; Yavé yergue a los encorvados; Yavé ama a los justos; Yavé protege a los peregrinos, sustenta al huérfano y a la viuda, pero destruye el camino de los impíos. Reina Yavé, por la eternidad, tu Dios, ¡oh Sión!, por generaciones y generaciones.” Ps. 147 [146 y 147]: “¡Aleluya! Alabad a Yavé, porque es bueno; cantad salmos a nuestro Dios, porque es deleitoso; a El conviene la alabanza. Reedifica Yavé a Jerusalén y reúne a los dispersos de Israel. El sana a los de quebrantado corazón y cura sus llagas. El cuenta el número de las estrellas y llama a cada una por su nombre. Es grande Yavé, grande su poderío y su inteligencia es inenarrable. Sostiene Yavé a los mansos y humilla a los impíos hasta la tierra. Cantad a Yavé y alabadle, entonad salmos a nuestro Dios con la cítara. El es el que cubre el cielo de nubes, el que prepara la lluvia para la tierra. El que hace que broten hierbas los montes para pasto de los que sirven al hombre. El que da al ganado su pasto y a los polluelos del cuervo que claman. No se agrada de la fortaleza del caballo, no se complace en las piernas del hombre. Le complacen los que temen, los que esperan en su misericordia. Alaba, Jerusalén, a Yavé; alaba, Sión, a tu Dios. Por haber hecho firmes las cerraduras de tus puertas, haber bendecido en ti a tus hijos. El dió la paz a tu territorio, te sació de la flor del trigo. El manda su decreto a la tierra y su palabra corre velocísimamente. El da la nieve como lana y esparce como ceniza la escarcha. El hace caer su hielo como mendrugos, ante su frío se congelan las aguas. Pero manda su palabra y se liquidan, hace soplar su viento y manan aguas. El promulgó su ley a Jacob, sus estatutos y decretos a Israel. No hizo tal a gente alguna y a ninguna otra manifestó

sus juicios. ¡Aleluya!" *Ps.* 148: "¡Aleluya! Alabad a Yavé en los cielos, alabadle en lo alto. Alabadle vosotros, sus ángeles todos, todas sus milicias. Alabadle, sol y luna; alabadle todas, lucientes estrellas. Alabadle, cielos de los cielos, y las aguas de sobre los cielos. Alaben el nombre de Yavé, porque díjolo El y fueron hechos. El hizo que persistan por los siglos, púsoles ley y no la traspasarán. Alabad a Yavé desde la tierra, los cetáceos y todos los mares; el fuego, el granizo, la nieve, la niebla, el viento tempestuoso, que ejecutan sus mandatos; los montes y todos los collados, los árboles frutales y los cedros todos; las fieras y todos los ganados, los reptiles y las aladas aves, los reyes de la tierra y los pueblos todos; los príncipes y todos los jueces de la tierra; los mancebos y las doncellas, los viejos y los niños. Alaben el nombre de Yavé, porque sólo su nombre es sublime; su gloria sobrepasa la tierra y los cielos. El ha elevado su pueblo a tan gran poderío. Alábele toda la comunidad de sus santos, los hijos de Israel, el pueblo que está allegado a El. ¡Aleluya!" *Ps.* 149: "¡Aleluya! Cantad a Yavé un cántico nuevo; alabadle en la asamblea de los santos. Alégrese Israel en su Hacedor, alégrense en su Rey los hijos de Sión. Canten su nombre entre danzas, canten salmos con los tímpanos y la cítara. Porque se complace Yavé en su pueblo y da salvación a los humildes. Regocíjense los piadosos por su gloria y cántenle aun en sus lechos. Tengan siempre en sus bocas las glorias de Dios y en su mano la espada de dos filos para tomar venganza de las gentes y castigar a los pueblos; para poner su cepo a sus reyes y encadenar con hierro a sus príncipes, ejecutando en ellos el juicio escrito. Gloria es ésta para todos sus santos. ¡Aleluya!" *Ps.* 150: "¡Aleluya! Alabad a Dios en su santuario, alabadle en el firmamento de su majestad. Alabadle por sus hazañas, alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza. Alabadle al son de las trompetas, alabadle con el salterio y la cítara. Alabadle con tímpanos y danzas, alabadle con las cuerdas y el órgano. Alabalde con címbalos resonantes, alabadle con címbalos de júbilo. Todo cuanto respira alabe a Yavé. ¡Aleluya!" Véanse los comentarios de Herkenne, Landesdorffen, Wutz, etc.

David alaba a Dios de la siguiente manera en su himno de acción de gracias (*Par.* 16, 8-36): "Alaba a Yavé, invocad su nombre. Pregonad a los pueblos sus hazañas. Cantadle, cantad salmos en su honor. Contad todos sus portentos. Gloriaos en su santo nombre; alégrese el corazón de los que buscan a Yavé. Buscad a Yavé y fortaleceos. Buscad siempre su rostro. Recordad cuántas maravillas ha obrado. Sus prodigios, los juicios de su boca. Descendientes de Abraham, su siervo; hijos de Jacob, su elegido. Es Yavé vuestro Dios. Por la tierra toda prevalecen sus juicios. Fielmente se ha acordado siempre de su alianza, de sus promesas para mil generaciones, de lo que pactó con Abraham, de lo que juró a Isaac. De lo que firmemente estableció con Jacob, y con Israel, como pacto eterno, diciendo: "A ti te daré la tierra de Canán como porción de vuestra heredad." Eran entonces poco numerosos, poco numerosos y extranjeros en ella. Pero no consintió que nadie los oprimiese, y por causa de ellos castigó a reyes. No toquéis a mis ungidos, y no hagáis mal a mis profetas. Cantad a Yavé, habitantes todos de la tierra; pregonad uno y otro día su salvación, contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a los pueblos todos. Porque Yavé es grande, digno de toda alabanza, temible sobre todos los dioses. Porque los dioses de las gentes son ídolos,

pero Yavé es el hacedor de los cielos. La gloria y la majestad sean ante El, la alabanza y el honor en su santuario. Dad a Yavé, ¡oh familias de los pueblos!, dad a Yavé la gloria y la alabanza. Dad gloria al nombre de Yavé, traed ofrendas y entrad en sus atrios. Adorad a Yavé en ornamentos santos, temblad ante El todos los de la tierra. Afirmó el orbe, y firme está. Alégrense los cielos y regocíjese la tierra, pregónese ante las gente: Yavé reina. Truene el mar con cuanto lo llena, salte de gozo el campo y cuanto hay en él, den gritos de júbilo los árboles de las selvas al venir Yavé, pues viene para juzgar a la tierra. Dad gracias a Yavé, que es bueno y es eterna su misericordia. Decid: Sálvanos, ¡oh Dios!, salud nuestra; reúnenos y líbranos de las gentes, para que confesemos tu santo nombre y nos gloriemos alabándote. Bendito Yavé, Dios de Israel, por eternidad de eternidades, y diga todo el pueblo: Amén. Alabad a Yavé." *Par.* 29, 10-19: "Bendito tú, ¡oh Yavé!, Dios de Israel, nuestro padre, de siglo en siglo. Tuya es, ¡oh Yavé!, la majestad, el poder, la gloria; tuyo el honor y tuyo cuanto hay en los cielos y en la tierra. Tuyo, ¡oh Yavé!, es el reino; Tú te alzas soberanamente sobre todo. Tuyas son las riquezas y la gloria: Tú eres el dueño de todo. Es tu mano la que todo lo afirma y engrandece. Por eso, Dios nuestro, nosotros te confesamos y alabamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo y quién es mi pueblo para que podamos hacer estas voluntarias ofrendas? Todo viene de ti, y lo que voluntariamente te ofrecemos, de ti lo hemos recibido. Somos ante ti extranjeros y advenedizos, como lo fueron nuestros padres. Son como la sombra nuestros días sobre la tierra y no dan espera. ¡Oh Yave, Dios nuestro! Toda esta abundancia que para edificar la casa a tu santo nombre te hemos ofrecido, tuya es, de tu mano la hemos recibido. Yo sé, Dios mío, que Tú escudriñas el corazón y que amas la rectitud; por eso te he hecho yo todas mis ofrendas voluntarias en la rectitud de mi corazón, y veo ahora con alegría que todo tu pueblo, que está aquí, te ofrece voluntariamente sus dones. Yavé, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, nuestros padres, conserva para siempre en el corazón de tu pueblo esta voluntad y estos pensamientos y encamina a ti su corazón. Da asimismo a mi hijo Salomón corazón perfecto para que guarde todos tus mandamientos, tus leyes y tus mandatos, y que todos los ponga por obra, y te edifique la casa para la que yo he hecho aprestos."

Según el libro de Daniel, los tres jóvenes condenados a ser quemados conjuran la creación entera a que ensalce al Señor (*Dan.* 3, 52-90): "Bendito seas Señor, Dios de nuestros padres; y digno eres de loor, y de gloria y de ser ensalzado para siempre; bendito sea tu santo y glorioso Nombre, y digno es de ser alabado, y sobre manera ensalzado en todos los siglos. Bendito eres Tú en el templo santo de tu gloria, y sobre todo loor y sobre toda gloria por todos los siglos de los siglos. Bendito eres Tú en el trono de tu reino, y sobre todo loor y sobre toda gloria por todos los siglos. Bendito eres Tú que con tu vista penetras los abismos, y estás sentado sobre querubines, y eres digno de loor, y de ser ensalzado por todos los siglos. Bendito eres Tú en el firmamento del cielo y digno de loor, y de gloria por todos los siglos. Obras todas del Señor, bendecid al Señor y loadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Cielos, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Aguas todas que estáis sobre los cielos, bendecid al

Señor; alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Virtudes todas o milicias celestiales, bendecid al Señor; loadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Sol y Luna, bendecid al Señor, loadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Estrellas del cielo, bendecid al Señor, loadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Lluvias todas y rocíos, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Espíritus o vientos de Dios, bendecid todos vosotros al Señor; loadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Fuego y calor, bendecid al Señor; loadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Rocío y escarchas, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Hielos y fríos, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Heladas y nieves, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Noches y días, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Luz y tinieblas, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Relámpagos y nubes, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Bendiga al Señor la tierra, alábele y ensálcele sobre todas las cosas por todos los siglos. Montes y collados, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Plantas todas que nacéis en la tierra, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Mares y ríos, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. Ballenas y peces todos, que giráis por las aguas, bendecid al Señor, loadle y ensalzadle por todos los siglos sobre todas las cosas. Aves todas del cielo, bendecid al Señor, loadle y ensalzadle por todos los siglos sobre todas las cosas. Bestias todas y ganados, bendecid al Señor, loadle y ensalzadle por todos los siglos sobre todas las cosas. ¡Oh hijos de los hombres!, bendecid al Señor, loadle y ensalzadle por todos los siglos sobre todas las cosas. Bendiga Israel al Señor, alábele y ensálcele por todos los siglos sobre todas las cosas. Vosotros, sacerdotes del Señor, loadle y ensalzadle por todos los siglos sobre todas las cosas. Siervos del Señor, bendecid vosotros al Señor, loadle y ensalzadle por todos los siglos sobre todas las cosas. Espíritus y almas de las justos, bendecid al Señor, loadle y ensalzadle por todos los siglos sobre todas las cosas. Vosotros, santos y humildes de corazón, bendecid al Señor, loadle y ensalzadle por todos los siglos sobre todas las cosas. Vosotros, Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor, loadle y ensalzadle por todos los siglos y sobre todas las cosas. Porque El nos ha salvado del infierno o del sepulcro y librado de las manos de la muerte y nos ha sacado de en medio de las ardientes llamas y libertado del fuego del horno. Tributad las gracias al Señor, porque es tan bueno y por ser eterna su misericordia. Vosotros todos que dais culto al Señor, bendecid al Dios de los dioses; loadle y tributadle gracias, porque su misericordia permanece por todos los siglos."

En el NT son, sobre todo, las Obras de la Salud las que ponen de manifiesto la gloria de Dios. San Pablo ensalza de la siguiente manera el inescrutable misterio de Dios: "¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Porque ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O ¿quién fué su consejero? O ¿quién primero le dió, para

tener derecho a retribución? Porque de El y por El y para El son todas las cosas. A El la gloria por los siglos. Amén." (*Rom.* 11, 33-36.) Véase *Gal.* 1, 3 y sig. En la epístola a los de Efeso escribe (*Eph.* 1, 3-12): "Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto que en El nos eligió antes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia. Por esto nos hizo gratos en su Amado, en quien tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados, según la riqueza de su gracia, que superabundantemente derramó sobre nosotros en perfecta sabiduría y prudencia. Por éstas nos dió a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso realizar en Cristo en la plenitud de los tiempos, reuniendo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, en El, en quien hemos sido heredados por la predestinación, según el propósito de Aquel que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad, a fin de que cuantos esperamos en Cristo seamos para alabanza de su gloria." Dios hace que los bautizados participen en su gloria, habiendo de ser siempre alabado por este favor. *Eph.* 3, 16-21: "...para que, según los ricos tesoros de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu, que habite Cristo por la fe en vuestros corazones y, arraigados y fundados en caridad, podáis comprender, en unión de todos los santos, cuál es la anchura, la longitud la altura y la profundidad, y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Al que es poderoso para hacer que copiosamente abundemos más de lo que pedimos o pensamos, en virtud del poder que actúa en nosotros, a El sea la gloria, en la Iglesia y en Cristo Jesús, en todas las generaciones, por los siglos de los siglos. Amén."

12. Según los Santos Padres, Dios ha creado el mundo para manifestar su gloria y su bondad. San Efrén escribe lo siguiente: (*Contra las herejías*, himno; *BKV* II, 107): "Ha mostrado su poder como creador creándolo todo de la nada; ha mostrado la riqueza de su sabiduría adornando, ordenando, embelleciendo y coronando todas las cosas; ha mostrado su bondad formando gratuitamente las bellas criaturas y entregándoselas a Adán; porque hasta que comenzó a vivir Adán eran bellas y éste las desordenó." Eznik von Kold (*Contra la herejía*, lib. 3, núm. 17; *BKV*, *Obras escogidas de los Santos Padres Armenios* I, 149) dice: "Lo mismo hubiera sucedido con Dios, que encierra la comprensión de todos los artistas. Si no hubiera creado las criaturas, se hubiera creído que en vano posee su sabiduría, pues no habría criatura alguna producida por su arte. Tampoco hubiese podido mostrar su generosidad como generosidad en caso de que no hubiese creado criaturas que se aprovechan de su generosidad. Ahora bien, Dios es tan generoso que no sólo las ha concedido la gracia de haberlas criado, sino que también las ofreció la alegría de poder gozarse de la bondad. Además, si Dios no hubiese creado las criaturas, no sabría nadie que existe Dios, ya que no existiría nadie dotado de la capacidad de conocimiento. Pero como quería que llegasen a conocerle y les quería mostrar que existe, decidió crear criaturas

que le conociesen, para que gozasen de las gracias de su misericordia. Y las potencias del mundo las ha creado El por amor al hombre, para que le sirviesen en todo lo que fuese necesario; y al hombre lo ha creado para su honra, a fin de que el hombre alabe al Señor y reconozca su misericordia." Cirilo de Jerusalén (*IX Catequesis para neófitos*, núm. 2; *BKV*, 136) escribe: "Los ojos corporales no pueden ver la naturaleza divina. No obstante, partiendo de la contemplación de las obras de Dios es posible llegar hasta el conocimiento de su poder; porque Salomón ha dicho: "En la grandeza y hermosura de las criaturas se ve debidamente a su creador." No ha dicho: "En las criaturas se ve al creador", sino que ha añadido: "debidamente". En efecto, cuanto mejor conocemos las criaturas, con tanta más claridad resplandece la grandeza de Dios."

E. Peterson escribe en su obra *Das Buch von den Engeln. Stellung und Bedeutung der heiligen Engel im Kultus* (1935, 95 y sigs.): "Lo que aquí se canta (cuando los hombres llegan a la perfección) es la criatura que alcanza el límite de sus posibilidades, que en cuanto criatura da testimonio de Dios. Ahora bien, lo que puede decirse del grado supremo del ser creado vale también con respecto a los últimos grados del ser creado, con respecto a la planta, el animal y las cosas que están muy por debajo de las formas ontológicas del hombre. Cuando en los salmos encontramos que los animales y las montañas prorrumpen en un himno de alabanzas al Señor, no se trata en ello de una exageración poética ni de una "animación" de lo inanimado hecha a imitación de la esfera de lo humano y que de por sí carecerá de validez, sino de algo cuyo fundamento real se halla en la esencia de toda la creación, comenzando por los querubines y los serafines, hasta el objeto más mísero y mezquino del mundo, ya que la creación entera, como nos enseña el Evangelio, está llena de la gloria de Dios... Es preciso comprender que un cántico como el *Cántico del Hermano Sol*, de San Francisco, no es una desviación de la fe hacia lo poético, que no se deriva de una religiosidad misticocósmica, sino que San Francisco comienza a cantar, hasta podríamos decir a soñar, por hallarse íntimamente afectado por la gracia de Cristo. Se trata de comprender que San Francisco comienza a soñar fraternalmente con el sol y las estrellas, el agua y la muerte, debido al hecho de que la gracia del Crucificado ha conmovido profundamente los más íntimos recintos de su ser creado, de tal modo que no está ante nosotros meramente como pecador que ha sido perdonado, sino también como criatura desvalida..., que no puede menos de prorrumpir en un himno de alabanza al Señor. De este modo la vida mística de la Iglesia podrá sólo desarrollarse en íntima relación con el culto de la Iglesia. Sólo del interior de la vida de la Iglesia, que glorifica a Dios junto con los ángeles y el universo entero, puede surgir el himno que tanto en el culto como en la vida mística de la gracia manifiesta que el cielo y la tierra están llenos de la gloria de Dios."

13. *Cántico del Hermano Sol*, de San Francisco de Asís: "Altísimo Todopoderoso, única Bondad, tuya es la alabanza y la gloria, el honor y toda bendición. A ti solamente te pertenecen, ¡oh altísimo Señor! Y ninguno de los hombres es digno de pronunciar tu nombre. Alabado seas, ¡Señor mío!, con todas tus criaturas. Alabado seas, especialmente, con nuestro hermano Sol, que hace los días y nos ilumina con su luz. Des-

lumbrante de belleza en los altares y magnífico en su esplendor, te representa a Ti, que eres la Magnificencia. Alabado seas por nuestra hermana la luna y por las estrellas, que has formado en el cielo, en lejanías de chispeante encanto. Alabado seas, ¡Señor mío!, por nuestro hermano el viento, y por el aire, y por los nublados, y por el tiempo, bueno o malo, mediante el cual das vida a las criaturas para que sean lo que son. Alabado seas, ¡Señor mío!, por la hermana fuente, que tanta utilidad presta, insignificante y amena y casta y clara. Alabado seas, ¡Señor mío!, por el hermano fuego, con el cual iluminas la noche. Valeroso es su brillo, sereno y hermoso, de gran fortaleza. Alabado seas, ¡Señor mío!, por nuestra hermana la madre tierra, que nos cuida y alimenta y a su debido tiempo produce toda clase de frutos y de flores multicolores y la hierba. Alabado seas, ¡Señor mío!, por los que perdonan por amor a Ti y padecen miseria y tribulaciones. Bienaventurados los que soportan con paciencia los sufrimientos, porque Tú, altísimo Señor, los has de coronar. Alabado seas, ¡Señor mío!, por nuestra hermana la áspera muerte, de la cual ningún ser viviente puede escapar. ¡Ay de los que mueren con pecados mortales! Bienaventurados son los que cumplen tu santísima voluntad, porque contra ellos nada puede la segunda muerte. Alabad y ensalza al Señor llenos de agradecimiento y servidle durante toda la eternidad.”

No se trata de un modo poético de decir, sino de una descripción objetiva de la realidad tal como es, cuando Clemente Brentano escribe lo siguiente: (en *Leben lebt nur aus der Liebe*. Selección, 1937, pág. 25): “No hay animalillo alguno sobre la tierra que fuese demasiado ante tus ojos, Señor mío. Tú los has creado y todos son tuyos. ¡Hacia Ti, hacia Ti!, exclaman el hombre y el animal. El pájaro te canta a Ti. El pez salta hacia Ti. La abeja y el escarabajo zumban para Ti. Y aun el pequeño ratoncito silba diciéndote: ¡Alabado seas Tú, Dios y Señor! El pajarillo en los aires canta para Ti a pleno pulmón. La culebra con su silbido te habla de su dicha del vivir. ¡Hacia Ti, hacia Ti!, etc. Los peccecitos que nadan no son mudos para Ti, ¡oh Señor! Tú oyes su voz y ninguno perece si Tú no lo consientes. ¡Hacia Ti, hacia Ti!, etc.”

II. La Salvación y felicidad de las criaturas

1. La Creación, al anunciar la gloria de Dios y en cuanto que está al servicio de esta gloria, *afirma y aumenta su propia gloria y perfección, así como la felicidad que en ellas se basan*. En cuanto que honra a Dios, la Creación fomenta su propia dignidad y su bienestar. Mediante la glorificación del Señor adquiere la Creación su propia gloria, adorando a Dios se honra a sí misma. Sólo en el servicio de Dios y mediante este servicio el hombre adquiere la Salvación. Esto se deduce con facilidad de lo dicho en el § 105 y se explicará detalladamente en otro lugar. El señoría de Dios significa Salvación; la orgullosa autocracia humana

es perdición. Por provenir de Dios, el hombre lleva en sí mismo un sello divino. Por consiguiente, sólo puede afirmarse y comprenderse a sí mismo a condición de afirmar en sí mismo esta impronta y, por tanto, al Dios vivo, es decir, sometiéndose a la voluntad del Señor. Al someterse a Dios se mantiene fiel a su propio ser. Cuando injuria a Dios, injuria al mismo tiempo la dignidad humana, que proviene de Dios. La felicidad de la criatura es el *fin secundario* de la Creación.

El hombre no alcanza su perfección y complemento, la seguridad de la existencia y la riqueza de la vida encerrándose en sí mismo, sino trascendiéndose a sí mismo, entregándose a Dios y poniéndose a la disposición del Señor y, viceversa, en el pecado se destruye a sí mismo al rebelarse contra la voluntad de Dios. El pecado es un “no” lanzado contra Dios. Mediante el pecado, el hombre niega que Dios es el Señor. Con ello niega simultáneamente el núcleo más íntimo de su personalidad, cuya esencia consiste en proceder de Dios y estar en camino hacia El. Cuando el hombre niega a Dios desobedeciéndole y buscando orgullosa y rebeldemente su propia gloria y grandeza, cuando sólo se conoce a sí mismo y gira en torno de su propio yo, violenta la esencia de su ser íntimo. La negación de Dios y el odiar al Señor son actos de autodestrucción (locura mental). El infierno es la forma más radical de la autodestrucción que implica el pecado.

2. *Cristo es el fundamento y la norma* de la existencia humana. Ahora bien, con respecto a Cristo se nos ha dicho: “Hecho obediente hasta la muerte, y muerte de la cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre” (*Phil.* 2, 8 y sig.). “¿No era acaso necesario que el Mesías sufriese todo esto para entrar de este modo en su gloria?” (*Lc.* 24, 26). Cfr. *Mt.* 10, 39: “El que halla su vida, la perderá, y el que la perdiere por amor de mí, la hallará.” Cfr. la *Cristología* y el *Tratado sobre la Gracia*.

3. A partir del Renacimiento se ha ido generalizando la idea de que el afirmar que la glorificación de Dios es el fin último de la creación implica una indignante humillación de la criatura, especialmente de la criatura humana, y una desfiguración de la verdadera idea de Dios. No Dios, sino el hombre, su perfeccionamiento y su felicidad son el fin último de la Creación. Sobre todo Hermes (muerto en 1831) ha expuesto con toda claridad esta opi-

nión, influenciado no solamente por Kant, Fichte y otros filósofos, sino también por ciertas tendencias de la teología católica de aquel tiempo. Su teología está totalmente inspirada por la idea fundamental de la Ilustración, por la idea de la dignidad del hombre. El respeto de nosotros mismos, la manifestación y el mantenimiento de la dignidad humana es, según él, el precepto supremo de nuestra existencia y de nuestra naturaleza racional. De ello deduce que el hombre es de por sí un fin autónomo, más aún, que la razón obliga directamente al hombre a admitir que Dios ha querido que sea un fin autónomo. Hermes opina que no se puede defender la opinión de la antigua teología, según la cual la gloria del Señor será el fin principal de la Creación. Antes bien, el hombre es el único ser para el cual Dios ha creado el mundo; y la felicidad moral del señor del mundo, es decir, del hombre, es la única finalidad de la Creación visible (Eschweiler, *Die zwei Wege der neueren Theologie*, 1926). Según Günther (muerto en 1863), Dios sería un ser vanidoso si en la creación buscase su propio honor y gloria.

Estas opiniones olvidan que la dignidad del hombre es una dignidad creada y que sólo puede ser comprendida y mantenida como tal, es decir, en cuanto que es una dignidad que tiene su fundamento en Dios y que depende de El. El yo personal del hombre está íntimamente orientado hacia el conocimiento y el amor de Dios (véase § 105). El hombre es esencialmente una imitación de Dios.

Por consiguiente, para que el hombre pueda obtener su perfección esencial es preciso que obre de acuerdo con esta semejanza. Toda tentativa orientada a emanciparse, a autonomizar la existencia humana, es un comportamiento que se opone a las exigencias ontológicas, es decir, una violentación de la naturaleza humana, e implica necesariamente un envilecimiento final. La historia de la Epoca Moderna nos ofrece la mejor prueba experimental. La Humanidad se ha esforzado por tomar en las manos las riendas de su destino creyendo solamente en sí misma, impulsada por un desenfrenado deseo de libertad ha querido ser igual a Dios; más aún, ha querido ser atea. El resultado es bien conocido; a pesar de que se han activado todas las fuerzas del hombre, obteniéndose éxitos enormes en todos los sectores de la existencia humana, la libertad del hombre ha ido disminuyendo y casi ha llegado a desaparecer y extinguirse. La Historia demuestra que el ateísmo impío es inhumanidad. Una de las más terribles consecuencias de la

tendencia del hombre a rebelarse contra Dios, a fundamentar la existencia humana prescindiendo de Dios, consiste en el hecho de que el hombre llega a ser considerado como mera ruedecilla de una gigantesca máquina, siendo despojado de su personalidad y de su yo. La Historia misma ha demostrado, pues, la absurdidad de los esfuerzos de todos los que pretenden fundar y conseguir en el ateísmo la dignidad humana. La absurdidad de este deseo queda demostrada, de otra parte, por el terrible sentimiento de soledad en que incurre el hombre que vive sin Dios (véase el sentimiento del abismo en Dostoyewski y Baudelaire, la muda inseguridad en Rilke, el sentimiento de destierro en Nietzsche; cfr. §§ 105, 36 y vol. III). En el mundo ateo, el hombre se halla colocado frente a la fría indiferencia de las cosas con su marmóreo silencio. Véase el texto de Pascal transcrito en el vol. I, § 82.

La expresión moderna de la soledad desesperada y de la absurdidad de la existencia emancipada de Dios se halla en las formas de la filosofía existencialista representadas por Heidegger, Jaspers y, sobre todo, Sartre. Su pensamiento es absolutamente antropocéntrico. He aquí lo que escribe Jaspers: "Esta "desdeización" del mundo no es la incredulidad de los particulares, sino la posible consecuencia de un desarrollo, que en este caso conduce efectivamente a la nada. Ahora se siente por todas partes una aridez de la existencia antes no conocida, comparada con la cual presenta un aspecto de seguridad y refugio la más extrema incredulidad de la Antigüedad con la plenitud plástica de una realidad mítica nunca abandonada." Es bien significativo el hecho de que en esta filosofía se dice que el miedo es el eterno compañero de la existencia humana. Aunque se soporte con heroísmo trágico la absurdidad de la existencia humana, más aún, aunque la inercia y la autosuficiencia espiritual del que disfruta del orden heredado con absoluta despreocupación puedan comunicar al incrédulo el sentimiento de superioridad (Pfliegler), aparece aquí, no obstante, con toda evidencia, que la vida sin Dios es una cosa intolerable.

La realización práctica de un ser humano independiente de Dios, la ofrecen el comunismo y colectivismo ateos, nacidos ambos de un colectivismo falso. Ellos se arrogan inexorablemente aquel valor religioso y veneración que sólo corresponde a Dios. Aunque se presentan como portadores de un mensaje de redención, lo cierto es que ellos arrebatan a los hombres su dignidad humana, en cuanto que debilitan su personalidad y sólo le consideran como un medio para la colectividad y sólo aprecian su valor y su vida en

función a esta colectividad. Cfr. Der Grosse Herder, X, *El hombre en su mundo*, 1953, 1005 y sigs. A. Wimmer, *Die Menschenrechte in christlicher Sicht*, 1953.

En realidad, el servir a Dios no destruye la dignidad humana, sino que la hace posible y la asegura. El hombre que reconoce el señorío de Dios, comportándose según las exigencias ontológicas, crece y se desarrolla en la dirección de su propia perfección. El yo personal del hombre sólo puede afirmarse y comprenderse en la ligazón que le une con el Dios personal. "Dios no puede humillarnos tan profunda e inhumanamente como el hombre puede humillar al hombre. Eso es lo que nos enseña la Escritura con la parábola del hijo pródigo. ¿O es que el hombre, en lugar de afirmar su propia esencia, preferirá ser destruido por el hombre, para seguir poseyendo en la autodestrucción el orgulloso sentimiento de que es dueño de sí mismo?" (Pfliegler.) Aun cuando un ser humano se halle en el infierno, el respeto que Dios tiene a su ser es mayor que el respeto del prójimo con respecto al ser personal del hombre convertido en hombre-masa y mayor que el respeto del dictador que doma a sus súbditos.

Cuanto más se esfuerce el hombre por realizar en el mundo el señorío de Dios, con tanta más facilidad realizará la debida estructuración y orden del mundo. Para ser debidamente *homo faber*, *homo oeconomicus* y *homo rationalis*, tiene que ser al mismo tiempo un verdadero *homo orans*. Si sólo quiere ser lo primero, sin preocuparse de ser lo segundo, quedará convertido en un enterrador no sólo de su propia vida, sino también del mundo.